

Tras la tragedia de Bruselas

CADA vez que la humanidad presencia una masacre que parece asemejar al hombre con la fiera salvaje, brota en la opinión pública universal un sentimiento de horror.

No es extraño, entonces, que lo ocurrido en un estadio de Bruselas con motivo de la final europea de fútbol entre el Liverpool de Inglaterra y el Juventus de Italia haya producido un impacto tan fuerte en el mundo entero.

Cuesta especialmente convencerse de que algo semejante suceda en el ámbito deportivo, siempre considerado como fuente de unión entre los hombres y los pueblos. De que sus causantes pertenezcan a uno de los países más respetados del orbe por la cultura de sus habitantes. De que, en fin, habiendo visto esas macabras escenas por la televisión, compatriotas de las víctimas hayan podido salir a la calle, esa misma noche, a celebrar el resultado futbolístico favorable para su equipo, relegando a segundo plano la terrible tragedia humana recién vivida.

Sin embargo, es un hecho que el incremento de la violencia en los estadios de las más variadas latitudes



(incluso de Pekín) acapara hoy importantes espacios del cable noticioso.

PIENSO que resultaría absurdo olvidar que la violencia ha estado siempre en el centro de la convivencia humana. "El hombre como lobo para el hombre" no podría juzgarse un fenómeno nuevo. Incluso, comparar seriamente sus manifestaciones y magnitudes en los diversos períodos históricos, constituiría una ardua tarea.

Más difícil parece aún pretender determinar las causas de las formas más agudas de violencia contempo-

ránea, sin caer en peligrosas —y a veces interesadas— simplificaciones.

Pese a ello, creo que hay un elemento de fondo que ningún análisis sobre la agresividad actual puede desconocer. Se trata de la creciente falta de vida interior que caracteriza al hombre de nuestro tiempo.

Apenas una semana antes de la tragedia de Bruselas, coincidentalmente en la misma Bélgica, el Papa Juan Pablo II habló del "ruido que destruye el pensamiento" como una de las "tentaciones diabólicas" de nuestro tiempo. ¿Y en qué consiste ese "ruido" al cual tanta gravedad atribuye el Pontífice?

Me parece difícil no englobar en tal concepto todo cuanto estimule una extroversión que alcance límites alienantes para el ser humano. Que impida aquel grado de silencio y de paz del alma, indispensables para reflexionar y —si se es creyente— para orar.

Ese "ruido que destruye el pen-

samiento" suele provenir de instrumentos musicales utilizados para aturdir. O de motores que llenan el ambiente de toda suerte de contaminaciones. O de formas de comunicación social destinadas a evitar que el ser humano se recoja sobre una intimidad que acaba por desaparecer.

Un activismo incesante surge así como evasión para no encontrarse frente a sí mismo, donde un espíritu vacío sólo experimenta tedio, aburrimiento y depresiones.

¡Cuánta diferencia hay entre ese "ruido que destruye el pensamiento" y los sonidos de la verdadera música o de la naturaleza y del mar, que nos elevan hasta facilitarnos oír la voz de Dios!

SI queremos dignificar la existencia humana no podemos eludir la prioridad de fomentar y practicar la vida interior. Sólo el cumplimiento de ese *deber* humano podrá hacer realidad el mayor respeto por los *derechos* de las personas en pro de los cuales hoy tanto —y con razón— se aboga. Porque sólo en la vida interior se fragua una conciencia moral sólida, capaz de presidir toda la conducta del hombre.

"Dignificar la existencia humana exige fomentar la vida interior... Sólo en ella se fragua una conciencia moral sólida que presida toda la conducta humana"...
